



XI

El Lago de Porto.

Mientras Alba tuvo entre sus brazos á su amiga, palpitante de dolor y de lástima, las lágrimas de ésta hicieron bien á su triste corazón; mas cuando Fanny partió y la señorita Steno se encontró sola frente á frente á su pensamiento, acometióla una tristeza más profunda. La compasión que había mostrado su compañera en el dolor, ¿no era una prueba más de que tenía razón al no creer en su madre? Ni sus propias observaciones sobre la manera de ser de la Condesa, ni la denuncia del anónimo, ni el duelo de Boleslas, ni la carta de Maud, ni aquella partida demasiado significativa, habían podido llevar á su espíritu la certeza absoluta. ¡Entre

la evidencia total y la sospecha de las hipótesis más inverosímiles hay tantos grados! Alba había pasado por todos, y cada incidente nuevo había hecho nacer en ella una nueva sospecha. Lo que acababa de ver al través de las lágrimas de Fanny acrecentaba la opresión que aquélla le producía. ¿Qué sabía esta reciente y ya tan tierna amiga? ¿Por qué la compadecía hasta en una crisis tan violenta de desdicha personal? La respuesta á estas preguntas era demasiado clara y tan cruel para la joven, que se llevó las manos al corazón como para arrancar de su seno aquella invisible aguja cuya punta la desgarraba y gemía:

—¡Ah! ¡Si me engaño que lo sepa al menos, y si no me engaño que lo sepa también! ¡Sufriré menos!

La pobre niña no adivinaba que mientras arrojaba hacia el destino aquel llamamiento desesperado, había en Roma una criatura ocupada en realizar su insensato deseo. Y aquella criatura era la misma que no había retrocedido ante la infamia del anónimo, aquella linda y siniestra Lydia Maitland, aquella astuta y silenciosa mujer, de grandes ojos oscuros, siempre sonriente, siempre impenetrable, con su tez lisa y mate que ninguna emoción parecía haber contraído. El mal éxito de su primera tentativa había exasperado su odio contra su marido y contra la Condesa hasta el furor, pero un furor reconcentrado que espiaba una nueva ocasión de dar el golpe, desde hacía algunas semanas, paciente, obscuramente. Cuando Boleslas volvió creyó ella tener asegurada su venganza. ¿Y qué había conseguido? Desembarazar á Lincoln de un rival peligroso y poner en peligro la vida del único ser que amaba en el mundo.

Acababa de pasar largas horas á la cabecera del

lecho de su hermano, del que era tan apasionadamente celosa, con un afán que hubiera sido sublime á no servir en aquella alma de constante pábulo al odio. En áquel cuarto de enfermo había notado de nuevo á cada hora, casi á cada minuto, la profunda amistad que el herido sentía por aquel por quien se había batido.

¡Florent estaba reconocido á Maitland por haber podido arriesgar la vida por él! ¡Qué alegría experimentó cuando Lydia le habló de la partida de Boleslas! ¡Qué alegría cuando la Condesa les había comunicado su proyecto de una larga estancia en Piove, después de un fin de verano en Venecia todos juntos!

Aquella estancia en el campo con la querida de su marido acababa de exasperar la cólera oculta de Lydia. Arrojava gritos como una bestia aprisionada que golpea los hierros de su jaula, ante la imagen de la dicha que los dos amantes gustarían en la intimidad de la ciudad, rodeados de los esplendores del paisaje de Venecia.

Lincoln, con su memoria de pintor, le había descrito aquellos paisajes, de los que, en sus cuadros, Giorgione, Ticiano y Bonifacio han fijado la poesía, el opulento verdor, las ondulaciones, las lejanías azuladas. En el estudio, una copia antigua de una fiesta campestre, atribuida á cada uno de estos tres artistas, mostraba una cortesana cerca de un pozo; y con su magnífico seno, su gesto, sus cabellos rubios entremezclados de perlas, su boca húmeda y sensual, parecía una hermana de Catalina Steno, mientras que uno de los señores que tocaba el violín cerca de ella, tenía los hombros, la insolente placidez del americano. La nerviosa y seca Lydia sentía que la hiel le anegaba el corazón cada vez

que miraba el lienzo que le representaba la perspectiva de una dicha que no podía impedir. ¿De qué arma podría valerse? ¿Escribir nuevos anónimos? ¿Para qué? Después del duelo había enviado uno á la veneciana, que se había burlado de aquella infamia con la alegría insolente de la fuerza que no se acobarda. ¿Qué había conseguido advirtiéndolo á Alba? Una tristeza inútil, puesto que la Condesita seguía cubriendo con su inocencia los desórdenes de su madre. Sin duda la esposa engañada podía provocar un escándalo y un divorcio, merced á las indiscutibles pruebas que poseía. Bastaba entregar á su abogado la correspondencia que dormía en el mueble español.

¿Pero qué se conseguiría? No se vengaría de su marido, á quien este divorcio sería indiferente hoy que ganaba tanto como deseaba, y perdería á su hermano. Por evidentes que las torpezas de Lincoln fuesen, Lydia estaba segura de que Florent le prefería á ella; preferencia que excitaba su odio más que nada. Pasaba revista á todas las personas y á todos los medios, y su instinto, aquella especie de doble vista animal, como de un reptil venenoso y feroz, acababa siempre por llevar su pensamiento hacia Alba. Durante las interminables sesiones, que el encarnizamiento del pintor apasionado renovaba sin cesar, ella estudiaba también el pálido y delgado rostro de la joven. Adivinaba en sus ojos azules, cuyos párpados se agitaban nerviosamente, un infinito misterio de rebelión. Examinaba aquella boca medio abierta, de tan amargo pliegue. Seguía aquella visible consunción de una adolescencia atormentada por una idea fija. No; no eran la actitud ni el rostro de un cómplice, ni tampoco el aspecto de una persona que está al tanto de todo. Ly-

dia se había repetido que, advertida, como Alba lo había sido, por el anónimo, la duda sobre la conducta de la señora Steno no era posible. Pero innumerables detalles la convencían de que la Condesita dudaba todavía: y entonces se repetía:

—A ella es á quien hay que dar el golpe... Pero, ¿cómo...?

—Sí... ¿Cómo? Al servicio del odio de aquella mujer, en apariencia insignificante, había esa energía viril en la decisión que se encuentra en todas las familias de origen verdaderamente militar. La sangre del coronel Chaprón se agitaba en ella, dándole necesidad de obrar. ¿Qué arriesgaba volviendo esta acción contra Alba? Si la joven sabía lo que era su madre, una prueba más no la enseñaría nada; pero no había riesgo en dársela. Si, por el contrario, la Condesita no había llegado á la certeza, aquella prueba decisiva, ¿no traería un resultado práctico? Por audaz que fuera la veneciana, la sería difícil, una vez convencida su hija de que era la querida del pintor, llevar á éste y á su hija á Piove. Lydia acabó, pues, de elaborar uno de esos planes de una sencillez abominable, donde se revela lo que es preciso llamar el genio del mal: tanta lucidez en la concepción y tanta villanía suponen. Habíase dicho que no era preciso buscar otro teatro fuera del estudio para la escena decisiva que meditaba. Conocía demasiado el furor del amor de que la señora Steno estaba poseída para dudar que, tan pronto como estuviera sola con Maitland, no le prodigaría esos besos locos de que en sus cartas hablaba. La comedia era muy sencilla. Bastaba que Alba y Lydia se encontrasen en un puesto de observación mientras los dos amantes se creían solos, aunque no fuese más que por un minuto.

La disposición del lugar daba á la terrible mujer el medio de crear este sitio de espionaje con toda seguridad. Colocado en lo alto de dos pisos el estudio, ocupaba la mitad de la extensión de la casa. El muro que la cerraba por la parte correspondiente á las habitaciones, acababa en un tabique formado de cristales de colores, al través de los cuales era imposible ver nada. Este vidriaje bastaba para dar un poco de luz á un corredor sombrío, contiguo á una habitación donde se guardaba la ropa blanca. Lydia empleó varios días y varias noches en cortar con el diamante de una sortija un redondel del tamaño de una pieza de cincuenta céntimos en uno de los vidrios deslustrado. Tuvo cuidado de ejecutar esta operación, de pie sobre una banqueta, de tal manera que, una vez descubierto el caso, su pequeña estatura la pusiera fuera de toda sospecha. Llegaba al agujero, sin embargo, alzándose sobre la punta de los pies. Pues era necesario que ella también pudiese mirar por aquella abertura, y lo minucioso de su cálculo descendía hasta este detalle. Concluyeron estos preparativos, y durante algunos días, y á pesar de la ausencia de escrúpulos en la satisfacción de sus odios, dudaba todavía de emplear aquel procedimiento de venganza, por ser tan cruel hacer espiar de aquel modo á una madre por su hija. La misma Alba se encargó de extinguir aquella última llama de humanidad que alumbraba tan tenebrosa conciencia, sucediendo esto por la más inocente de las conversaciones.

Era la misma noche de la tarde en que había cambiado con Fanny aquel triste adiós. Estaba aún más enervada que de costumbre y hablada con Dorsenne en el rincón del *hall* de la villa Steno, testigo de tantas conversaciones semejantes, el único con-

suelo de su tristeza. En aquel momento había poca gente y los dos jóvenes habían bajado al principio la voz, para no ser oídos. Después, como sucede frecuentemente, habían vuelto, sin notarlo, á su tono natural, poco á poco, preocupados únicamente de lo que se decían y sin notar que Lydia se aproximaba algo á ellos por un sencillo cambio de asiento que le permitió, hablando con otro, prestar oído á las frases pronunciadas por la Condesita. Era ese instinto que la llevaba á leer las cartas más insignificantes que caían en sus manos, á interrogar á los criados, á espiar, en fin, bajo todas las formas y en todas las circunstancias. He aquí las palabras que sorprendió. Pronunciándolas la pobre Alba, traspasaba los límites de su pensamiento. ¡Ella toda generosidad y justicia!

Pero sufría y aliviaba su sufrimiento hablando amargamente de aquel á cuya imagen se asociaba



estrechamente el recuerdo de su peor verdugo. Se trataba de Florent Chaprón y respondía á Dorsenne que le hacía su elogio:

—¿Qué quiere usted? Es verdad que casi siento repulsión por él. Para mí es algo como un ser de otra especie. ¿Su amistad por su cuñado? Si... Es muy hermosa. Muy conmovedora. Pues bien. A mí no me conmueve. Es un sacrificio que no es humano... demasiado instintivo y demasiado ciego. En fin; sé que no tengo razón. Hay ese prejuicio de raza que no venceré jamás.

Dorsenne la tocó en la mano en aquel momento, bajo pretexto de cogerla el abanico, y, en realidad para advertirla, diciéndola en voz baja esta vez:

—Vamos un poco más lejos. Lydia Maitland está demasiado cerca.

Había creído sorprender un estremecimiento en la hermana de Florent, á la que, por casualidad, había mirado, mientras que su sensible interlocutora no hacía caso de ella. Mas como la sonora risa de Lydia se oyese en aquel momento, la imprudente Alba respondió:

—Felizmente no ha sido nada. Vea usted cómo se puede causar un disgusto sin sospecharlo. He hablado con mucha ironía—continuó,— pues no es falta suya ni de Florent, si hay algo de sangre negra en sus venas, tanto más cuanto que ha sido corregida por sangre de heroe, y que ambos están perfectamente educados, y lo que es mejor, son buenos, y creo, además, que si hay una gran idea en este siglo es la de haber proclamado que todos los hombres son hermanos. Pero esta noche estoy nerviosa. La pena de Fanny me ha impresionado mucho, y cuando se está herido se hace uno malo. ¿Quiere usted que hablemos de otra cosa? De su

amigo Montfanón, por ejemplo, al que tanto deseo conocer. ¿Se ha perdonado, al fin, haber asistido al duelo? Ahora que el matrimonio está roto, ¿va á perdonar también á la pobre Fanny?

Había hablado en voz baja, pero ya era tarde. Por otra parte, aunque la hermana de Florent hubiese oído estas nuevas palabras, no hubiesen bastado para curar la herida que las primeras habían abierto en la parte más ulcerada de su amor propio.

—¡Y yo que dudaba! ¡Yo que temía causarla daño!—pensó Lydia.

Aquel adiós á sus remordimientos debía marcar, y marcó, el momento último para aquel alma vigorosa, que poseía, aplicándolas á las villanas satisfacciones de odio, algunas cualidades propias de los grandes intrigantes de la política y del mundo.

No esperó más que veinticuatro horas para ejecutar el funesto proyecto que debía consumir la desgracia de una pobre niña sin defensa. Al día siguiente por la mañana, á eso del mediodía, se encontraba en el estudio junto á la señora Steno, mientras Lincoln daba al retrato, casi acabado al fin, las últimas pinceladas, y Alba estaba sentada en el gran sillón, absorta y pálida como de costumbre. Florent Chaprón, después de haber asistido él también á una parte de la sesión, acababa de retirarse, apoyado en su muleta, de la que aún se servía por precaución. Esta ausencia pareció tan propicia á Lydia, que en seguida resolvió no dejar escapar tan favorable ocasión, y como si una fatalidad se mezclase para ayudarla en su infame obra, la señora Steno interrumpió de repente la labor del pintor que después de haber trabajado sin cesar durante media hora, se detuvo para enjugar su

frente, sobre la que brillaban algunas gotas de sudor; tan violento había sido su esfuerzo en la tarea.

—Vamos, Lincoln,—dijo con la afectuosa solicitud de una querida de más edad.—Es preciso que

descanse usted. Hace dos horas que no ha cesado usted de pintar, y cosas muy minuciosas. Yo me fatigaba sólo de mirarle como el Sibarita.

—Pues yo no estoy fatigado — respondió Mait-

land, que dejó, sin embargo, su paleta y su pincel, y lió un cigarrillo, que encendió.

Después continuó con sonrisa de orgullo:

—Los americanos tenemos esto de bueno. Una fuerza para el trabajo que el antiguo mundo desconoce. Por eso hay oficios en los que no reconocemos rivales. ¿Quiere usted que para fatigarla más y divertirla al mismo tiempo le cuente la vida del doc-



tor Peyton, el dentista de la calle Condotti? Imagínese usted que tiene otro gabinete en Londres, que se abre el 1.º de Junio, á las diez exactamente, y que se cierra el 31 de Octubre, á las cuatro, con no menos exactitud. Y usted sabe que su gabinete de Roma se cierra siempre el 20 de Mayo, á las cuatro, para abrirse el 4 de Noviembre, á las diez. Y desde hace veintidós años no ha faltado en una sola de estas fechas. El viaje representa sus vacaciones. Esto no es nada. Se hace pagar cinco dollars por cuarto de hora y gana corrientemente ciento cincuenta dollars al día. Calcule usted las horas de trabajo que esto representa. Y adivine usted ahora lo que me ha contestado cuando yo le compadecía por pasar su vida orificando todas las muelas malas de la Gran Bretaña y de Italia. *I like my work.* ¡Amo mi tarea! ¡Encuentre usted un europeo que haya conservado esta potencia nerviosa.

—Y entre tanto—respondió Lydia—has tomado á Alba por una bostoniana ó una de Nueva York, y la has hecho permanecer en su sillón tanto tiempo, que ya está pálida. Es preciso distraerla un poco. Venga usted conmigo, querida. Voy á enseñarle á usted el traje que me han enviado de París y que llevaré esta tarde al *garden-party* de la embajada de Inglaterra. Quiero consultarla á usted sobre mi último arreglo.

Había obligado á Alba Steno á levantarse del sillón, mientras decía las anteriores palabras, ciñéndola después el talle con un brazo y besándola. ¡Ah! Nunca como entonces mereció una caricia ser comparada con la de Iscariote, y la joven hubiera también podido responder la frase sublime: ¿Por qué me engañas con un beso?

Alba creyó en la sinceridad de aquella prueba de afecto, y á su vez besó á su amiga con un reconocimiento que no enterneció á aquel alma saturada de odio, pues cinco minutos después Lydia había



puesto en ejecución su monstruoso proyecto.

Bajo el pretexto de llegar más pronto á la habitación cercana, había tomado una escalera de servicio que terminaba en aquel corredor vidriado, en el cual había hecho

la abertura destinada á mirar al taller.

—¡Qué cosa más extraña!—dijo, deteniéndose de pronto.

Y mostrando á su inocente compañera el agujero que rompía el cristal, añadió:

—¿Será que algún criado haya querido espiar? Pero ¿por qué? Usted que es alta, examine cómo ha podido ser hecho así. Si es un agujero hecho á posta, yo sabré quién es el culpable, y saldrá de casa.

Obedeció Alba distraídamente, y miró. Lydia había escogido el momento oportuno. Tan pronto como

la puerta del estudio se cerró, la Condesa se había levantado para aproximarse á Lincoln. Habíale echado al cuello sus brazos desnudos bajo la transparente batista de su vestido de verano, y había comenzado á devorarle con sus labios golosos, sus ojos y su boca. Lydia, que había conservado una de las manos de la joven entre las suyas, sintió que aquella mano se agitaba con un temblor convulsivo. Un cazador en acecho que oye el crugido de las ramas del zarzal por donde debe pasar la pieza no siente una alegría más intensa. Su plan había resultado. Dijo á la desgraciada víctima:

—Pero ¿qué tiene usted? ¡Cómo tiembla usted!

Y ensayó quitarla para ponerse en su lugar.

Alba, á quien la vista de su madre besando á Lincoln con aquel beso apasionado producía en aquel instante un horror inexplicable, conservó, sin embargo, la suficiente lucidez para comprender el peligro que corría aquella madre á quien acababa de sorprender así, apretando entre sus brazos ¿á quién? al marido de la mujer que la hablaba, que la preguntaba por qué temblaba de espanto, que iba á mirar por aquel mismo sitio... á ver el mismo cuadro. A fin de impedir lo que creía debía ser para Lydia una revelación terrible, la animosa niña tuvo entonces una de esas ideas desesperadas que un inmediato peligro inspira. Dió con la mano que le quedaba libre un golpe tan violento sobre el cristal, que le rompió con estrépito, desgarrándose los dedos y el puño. Después se arrojó á su compañera lanzando un grito de dolor. ¿Era la herida de su mano ensangrentada ó su corazón herido por la horrible visión lo que se aliviaba con aquel gemido? La otra respondió coléricamente:

—¡Lo ha hecho usted con intención, desgraciada!

La feroz criatura se había precipitado, diciendo estas palabras, al agujero abierto en el cristal. ¡Ya era tarde! Vió solamente á Lincoln de pie en medio del estudio, mirando al sitio donde el vidrio había sido roto, mientras que la Condesa, de pie



también á algunos pasos de él, gritaba:

— ¡Mi hija!... ¿Qué la ha sucedido?... ¡He reconocido su voz!...

— No se inquiete usted, — respondió Lydia con atroz ironía. — Es que Alba

ha golpeado en el cristal para hacerla á usted una señal.

— Pero, ¿está herida? — preguntó la madre.

— Poca cosa, — respondió con la misma ironía la implacable mujer; y se volvió á la Condesita para mirarla con tal rencor, que hasta en el estado de agitación que esta última se encontraba por lo que había sorprendido, aquella mirada la heló de espan-

to. Sintió el mismo estremecimiento que su amiga Maud había sentido en el taller ante los terribles abismos de aquel alma tenebrosa, repentinamente descubiertos. No tuvo tiempo de precisar esta impresión ni de tomar de ella plena conciencia, pues ya su madre estaba á su lado, oprimiéndola en sus brazos... los mismos que Alba acababa de ver ceñidos al cuello de un amante mientras le besaba... La sacudida moral fué tan fuerte, que la joven se desvaneció... ¡Qué no hubiera dado por morir en aquel espasmo de un dolor supremo, antes de ser arrastrada por aquel dolor á las trágicas locuras que ella expía tal vez hoy, aunque en el mundo de eternal é impecable justicia debe haber un lugar de reposo y de perdón para las criaturas, como ella, víctimas de las faltas que otros han cometido... Pero no... Volvió en sí casi en seguida. Vió á su madre loca de inquietud, como hacía un instante la había visto temblorosa de alegría y de amor. Vió de nuevo los ojos de Lydia Maitland fijos sobre las dos con una expresión demasiado significativa ahora. Y como había tenido la presencia de ánimo suficiente para salvar á su madre, encontró en su ternura la fuerza para sonreirla, para mentirla, para ocultarla la verdad de la odiosa escena que acababa de efectuarse en el corredor.

— Me ha asustado ver mi propia sangre, — dijo con gracia temblorosa, — y, sin embargo, creo que no se trata más que de leves cortaduras. Mira. Muevo la mano sin que me haga mal...

Tenía razón, y cuando el médico, llamado á toda prisa, hizo constar que en las desgarraduras no había quedado ningún pedazo de cristal, la Condesa recobró su alegría. Nunca había mostrado un humor más encantador que en el carruaje que les res-

tituía á la villa Steno, y durante el almuerzo que madre é hija hicieron juntas. Cogiendo el brazo de Alba para salir al comedor, la dijo:

—Vas á estar muy interesante en el *garden-party* de la embajada.

—No iré,—respondió vivamente la Condesita.—¿Sabes?... Estoy muy nerviosa. Me sería penoso ver gente.

—Como quieras,—respondió la señora Steno, riendo sonoramente.—¡Y se habla luego de herencia!... ¡A mí cualquier peligro me exalta más! Jamás he bailado con tanto placer como el día en que estuve á morir en un descarrilamiento. Ya te lo he contado, ¿no recuerdas? Entre Padua y Mestre... Y, sin embargo, había visto la muerte de cerca. Pero no insisto... Cada uno tiene su carácter. Tú sabes mi divisa: ¡Vivir y dejar vivir!

Para un alma obligada por la evidencia á condenar á otra sin dejar de amarla, no hay peor dolor que el de advertir la inconsciencia absoluta de esta otra alma y su serenidad en la falta. Pero cuando se trata de una madre, es decir, de un ser al que no podemos juzgar como criminal sin cometer un verdadero parricidio moral, este dolor se exalta hasta el suplicio. Obsesionada por la visión de la mañana, Alba no hubiese sido preservada de la desesperación sino por la evidencia de una turbación en la culpable, de una lucha, de un remordimiento. El encontrarla tan tranquila, tan alegremente ocupada en la esperanza de una partida de placer, contrastaba de una manera demasiado fuerte con lo trágico de la prueba que la joven acababa de experimentar. Sentíase abrumada por una tristeza pesada, horrible, y que se hizo materialmente insoportable cuando hacia las dos y media su madre se despidió

de ella, aunque la fiesta de la embajada inglesa no comenzaba hasta las cinco.

—He prometido al pobre Hafner ir á verle hoy. Está enfermo del disgusto. Querría procurar arreglarlo todo. Te enviaré el carruaje por si quieres salir un poco. He avisado por teléfono á Lydia que á las cuatro me espere en su casa. Ella me llevará.

Tenía, para detallar este empleo tan natural de la tarde, los ojos muy brillantes, una sonrisa muy dichosa.

Estaba muy joven con su vestido claro. Sus pies se movían con impaciencia. ¿Cómo no hubiese comprendido Alba que mentía? La niña tuvo la intuición de que aquella visita al padre de Fanny no era más que un pretexto, y no era la primera vez que la Condesa empleaba, para librarse de una vigilancia incómoda, aquel procedimiento de enviar el coche oficial, que en Roma como en París es siempre el signo probable de aventuras clandestinas en las mujeres de su clase. Tampoco era la primera vez que Alba se sentía invadida por la sospecha ante ciertas desapariciones misteriosas de su madre. Pero de ordinario ella oponía á esta sospecha una fuerza de confianza voluntaria que no encontró después de la revelación indiscutible de la mañana. Se asomó á la ventana para ver partir la victoria. Los dos caballos piafaron, y la veneciana, levantando su graciosa cabeza, envió á la joven una sonrisa. ¡Ah! ¡Cómo se hubiera sorprendido de poder adivinar lo que decía aquella mirada! ¡Aquella súplica de que permaneciese allí para calmar con su presencia un tan delirante dolor, de no ir donde iba! Pues lo cierto era que tenía una cita con Maitland en su casa. Saboreaba por adelantado las febriles delicias, mientras sus caballos descendían por la parte del

palacio Savorelli, donde no perdería más que cinco minutos, el tiempo justo para probar la coartada. Desde allí enviaría su coche. Subiría en uno de alquiler, y después iría á una iglesia, donde, á pesar de todo, rezaría para pedir perdón del dulce pecado que cometería en seguida. Se abandonaba al pensamiento de aquella espera de un placer cierto, que en ciertas naturalezas poderosas como la suya confina en la voluptuosidad. No sospechaba que la pobre Alba, su Alba, aquella niña tiernamente amada, á pesar de todo, sufría en aquel mismo instante y á causa de ella la más terrible de las tentaciones. Cuando el carruaje hubo desaparecido, los ojos fijos de la joven se habían vuelto al empedrado de la calle, y había sentido nacer en ella un deseo súbito, instintivo, casi irresistible de acabar con el sentimiento moral de que estaba devorada. ¡Era tan sencillo! ¡Bastaba acabar con la vida! Un movimiento, sólo el movimiento de inclinar el cuerpo fuera de la balastrada en que apoyaba el brazo. Un poco más adelante. Un poco más aún, y aquel sufrimiento había terminado. Y jamás volvería á ver el odiado rostro de Lincoln junto al de su madre; jamás encontraría los ojos de Lydia Maitland, aquellos ojos que sabían la vergüenza de aquélla. No partiría para Piove. No tendría que pasar semanas y semanas en aquella sociedad cuya sola idea le producía un dolor físico. Frecuentemente había Alba experimentado este deseo de la muerte, que en los hijos de los suicidas se levanta de las profundidades más misteriosas del ser. Como ha dicho enérgicamente un médico filósofo, son predisposiciones en busca de ocasión y la herencia se reconoce en ellos en este rasgo singular: el pensamiento de la muerte voluntaria no es para ellos más que el fin de un lento tra-

bajo de su facultad razonadora. La más ligera prueba descubre este pensamiento en tales almas, que han nacido, por decirlo así, con una llaga siempre pronta á sangrar. Pero entre el deseo instintivo de la muerte y su ejecución, hay, para continuar empleando los términos de la ciencia, un espacio psicológico, una distancia más ó menos grande que muchos de estos seres no franquean jamás y que permite considerar la disposición impulsiva al suicidio como una enfermedad curable. En desquite, cuando esta distancia es franqueada, el impulso llega á ser tan poderoso, que reviste un carácter de fatalidad indestructible y rápido como el rayo. Este era el caso de Alba, quien en el momento de la partida de su madre sufría tanto como es posible sufrir, pero no pensaba en la muerte. Ahora, apoyada en el quicio de la ventana abierta y midiendo con los ojos la altura de los dos pisos, sentíase atraída por aquel espacio vacío, atractivo, á la vez febril, espantoso y casi dulce. Sí. ¡Era tan sencillo! Se vió sobre el empedrado... con los miembros rotos, la cabeza rota... muerta... muerta... ¡libre! En aquel instante sintió esa alegría delirante que acompaña á la ejecución de esta clase de suicidios. Lanzó una carcajada nerviosa. Inclino más su cuerpo... é iba á precipitarse cuando el encuentro de sus miradas con una persona que marchaba por la acera la despertó repentinamente de aquel vértigo, cuyo encanto la sujetó tan poderosamente. Se detuvo. Frotóse los ojos con las manos y, ella, que no tenía la costumbre de las exaltaciones místicas, dijo en voz alta: —¡Dios mío! ¡Tú me le envías! ¡Estoy salvada! Llamó al criado para ordenarle que si el señor Dorsenne venía se le introdujese en el saloncillo de la señora Steno.